

combate y habia que prepararse á sostenerlo. Al estampido del cañoneo detuvo el mariscal Ney su cuerpo en el instante de salir de Wiasma, y se dirigió personalmente á donde se hallaban Davout y el príncipe Eugenio. Entre ellos se convino en desplegarse delante del camino de Jucknow para hacer frente á Kutusof, llegado efectivamente con el grueso del ejército ruso, situando Eugenio la division de Broussier entre Wiasma y el cuerpo de Davout, y formando este en batalla á la izquierda del camino para contener á Miloradowitch. Cuantos no tenian obligacion de estar en línea, especialmente las divisiones de Delzons y de Poniatowski, los bagages, los desbandados, recibieron orden de cruzar á toda prisa los puentes del Wiasma y de ganar con toda la presteza posible el camino de Dorogobouga.

Defensa natural formaba en torno de la ciudad hácia el lado de Jucknow un riachuelo que desagua en el Wiasma. Ney se situó detrás con las divisiones de Razout y Ledru, reducidas á seis mil hombres: puso todo sus cañones en batería, y con su gallardo contiaente transmitió su intrepidez al alma de sus soldados, que veian, no sin algun sobresalto, adelantarse contra ellos las columnas compactas del ejército ruso. Broussier formó el punto de enlace entre Wiasma y el cuerpo del mariscal Davout. Este alineó en batalla sobre el flanco del camino sus divisiones tercera y cuarta á las órdenes del general Compans, y detrás de ellas la division de Gerard para que las sirviera de apoyo. Llegado Morand con la primera division, que era la suya, con la segunda, que era la de Friant, apoyó su derecha en Compans, y la espalda en el ca-

mino real, que tuvo cuidado de despejar, formando gancho con su izquierda replegada. No tenia el primer cuerpo en estado de servicio mas de cuarenta bocas de fuego, aunque se le obligaba á arastrar consigo ciento veinte y siete.

Miloradowitch comenzó el cañoneo con cien bocas de fuego, é hizo que dispararan á muerte contra las cinco divisiones del mariscal Davout. Nuestras cuarenta piezas le respondieron con ventaja. Fogoso como era Miloradowitch no se atrevió á atacar á aquel imponentísimo frente de veteranos, y contentóse con emplear su artillería en contra de ellos. Apareciendo la cabeza del ejército ruso delante del riachuelo, que cubria Ney, se puso á cañonear por su lado, pero Ney la respondió al punto con una granizada de balas. Asi permanecieron durante algun tiempo unos enfrente de otros, ocupados en cruzar un vivísimo fuego de artillería, y guardándose bien el enemigo de acometernos, aun cuando hubiera debido agobiarnos, por hallarse en proporción de cuatro contra uno. Para nosotros ya era tiempo de emprender la retirada, pues habíamos impuesto al ejército ruso lo bastante para que se abstuviera de toda formal tentativa, y porque, adelantándose la noche, convenia cruzar el Wiasma. Mientras el general Broussier se retiraba sobre esta pequeña ciudad, aprovechando la circunstancia de estar mas cerca, desfilaron las cinco divisiones del mariscal Davout, despues de hacer fuego cada línea al replegarse y pasar por entre los huecos de la línea siguiente, que hacia fuego á su vez para proteger el movimiento de las columnas en retirada. Estos movimientos se ejecutaron como sobre un campo de maniobras. Sintióndose

maltratado por la artillería enemiga el regimiento 85.º, que pertenecía á la division de Dessaix y formaba la derecha del mariscal Davout, se abalanzó á ella, la hizo suya, y trajo tres piezas que hubo que abandonar por falta de tiros. El general Morand fué el último que quedó en batalla para proteger la retirada de todos. Replegóse á su turno, y siendo acosado vivamente, hizo alto el regimiento 57.º, volvió caras, se dirigió á bayoneta cada una contra los rusos, rechazólos, y despues tornó á tomar el camino de Wiasma. Desgraciadamente era de noche: súbitamente fué invadida por el enemigo la parte de la ciudad mas acá del Wiasma, como que la retirada del mariscal Ney la dejó al descubierto. Allí se le encontró y fué necesario un choque de los mas violentos para abrirse calle. En esta confusion perdiéronse dos bocas de fuego. Como no habia mas que dos puentes sobre el Wiasma, uno dentro de la ciudad y otro fuera, produjeron algun desórden la afluencia de tropas, la oscuridad y el fuego de la artillería. A fuerza de repetidas cargas el brioso regimiento 57.º contuvo á los rusos y protegió el paso.

Esta jornada nos costó de mil quinientos á mil ochocientos soldados de los mas veteranos y de los mejores. Siendo mejor servida nuestra artillería lo menos tuvo el enemigo doble número de hombres fuera de combate; pero sus heridos no estaban perdidos, á la par que era imposible salvar ni uno solo de los nuestros. La absoluta falta de asistencia, el frío que comenzaba á ser intenso y sobre todo la crueldad de paisanos feroces condenaban á morir á cuantos se dejaban por los caminos. De consiguiente no se abandonaba un campo de batalla sin tener

el corazón lacerado, y se necesitaba el sentimiento del honor militar en este ejército, el ascendiente de sus generales heridos mandándolo con una banda al brazo ó con la cabeza vendada, para mantener una adhesion tan cruelmente galardonada. Al entrar en Wiasma no se halló ningun medio de subsistencia. Todo lo habian devorado la Guardia y los demas cuerpos que iban por delante. De los víveres de Moscou no quedaba nada. Siendo la noche oscura y fria hubo que pasarla en un bosque, encendiendo grandes hogueras y asando carne de caballo. Los soldados del principe Eugenio y especialmente los del mariscal Davout, que hacia tres dias se hallaban en pié de continuo, se acostaron delante de los fuegos de sus bivaques y durmieron profundamente. Ya era el 3 de noviembre y hacia quince dias que estaban encargados de cubrir la retirada. Mas de la mitad de su fuerza efectiva habian perdido. Napoleon resolvió que tomaran algun descanso y que Ney los reemplazara en la retaguardia, y no lo hizo por espíritu de justicia, sino al contrario. Se quejaba de que habian marchado muy lentamente: viviendo en medio de la Guardia, que formaba la cabeza del ejército, que consumia lo poco que aun se hallaba por los caminos, y dejaba á los que iban detrás solamente caballo muerto, nada veia de la retirada ni queria verlo tampoco, á causa de que asistiera muy de cerca á las consecuencias horrorosas de sus faltas. Negarlas preferia, y yendo dos marchas delante de la retaguardia, no presenciando ninguno de sus apuros, persistia en quejarse de ella en vez de ir á dirigirla.

No se necesitaba á la sazón de grandes concep-

ciones, sino de valor para ver con sus propios ojos todo el mal que habia causado, estar á caballo de dia y de noche para presidir el paso de los rios, el restablecimiento de los puentes, el desfile de la muchedumbre inerme, para sostener con su ascendiente la quebrantada autoridad de sus generales, para compartir equitativamente las dificultades con ellos, reservarse la mayor parte, morir de fatiga si era forzoso, pues era autor de todo padecimiento y de toda muerte, sonreirse ante los rostros abatidos, apaciguar los semblantes furiosos, exponerse hasta á los arrebatos de la desesperacion, pues se podian encontrar muy terribles. Lejos de esto, Napoleon, no por flaqueza, sino por sustraerse al espectáculo acusador de esta retirada, no abandonaba la cabeza del ejército, y ora á pie, ora á caballo, y mas frecuentemente en carruaje, pasaba horas enteras sin proferir una palabra con Berthier consternado y Murat casi sin aliento, sumergido en un abismo de reflexiones desconsoladoras, de las cuales no salia, sino para quejarse de sus lugartenientes, como si todavía pudiera inducir á engaño á nadie, censurando á otros que á sí mismo.

Desde Malo-Jaroslawetz no habia hablado con el mariscal Davout que fué siempre á la retaguardia. Al verle de nuevo tuvo con él una explicacion de las mas vivas. Aunque amoldado el mariscal á la obediencia de aquel tiempo, tenia un orgullo, que no podia doblegar autoridad alguna. Amargamente defendió el honor del primer cuerpo. De ningun cargo eran merecedores oficiales como los generales Compans, Morand, Gerard, siempre á caballo á pesar de sus heridas. No se defendió el mariscal

Davout á sí propio, mas hizo la defensa de sus lugartenientes, dignos tan solo de homenajes. Napoleon callóse, pero hasta el dia de su partida del ejército apenas cruzó con el mariscal Davout una palabra, si bien despues de todo el silencio no era para este un castigo. Mas como el despotismo necesita de victimas que ocupen su puesto, cuando la opinion pública censura sus errores, fué aqui sacrificado este ilustre personage, como en Portugal lo fué Massena. Haciéndose eco de Napoleon se dieron á repetir que no habia observado una conducta digna de su gran carácter en esta retirada. Tan verdad era esto como que Massena fué causa de las desventuras del ejército en la Península. Durante quince dias, con incansable vigilancia, con una firmeza fria, si bien incontrastable, habia dirigido una retirada de las mas arduas, heredando todos los embarazos que los demas le echaban encima, y viviendo de lo que le dejaban, ó lo que es lo mismo, de nada. A la verdad las tropas del príncipe Eugenio se habian agolpado con alguna precipitacion á Wiasma, en el momento en que, desembarazadas por el primer cuerpo, se apresuraban naturalmente á atravesar el desfiladero. Marchando con imperturbable sangre fria, el primer cuerpo fué quien cubrió á todo el mundo. ¡Y se le acusaba de haberse desbandado! ¡Y la cabeza del ejército, provista, sino de todo, al menos de cuanto quedaba en aquellas desoladas campiñas, y no teniendo jamás á la espalda al enemigo, hablaba asi de la retaguardia! Hasta el mariscal Ney, cuya razon no igualaba á su denuedo, incurrió en la falta de soltar algunas especies análogas contra su camarada. Muy en breve iba á hacer una gloriosa,

pero terrible experiencia del papel de la retaguardia (1).

Napoleon llegó el 5 de noviembre á Dorogobouga; el príncipe Eugenio el 6, y los demas cuerpos el 7 y el 8. Hasta aqui el frio habia sido sensible, molesto, pero no mortal todavía. De repente el 9 se cargó la atmósfera de sombríos vapores y cayeron sobre la tierra torrentes de nieve impulsados por un violentísimo viento. Nuestros regimientos, salidos de Polonia con un calor sofocante, llevados á Moscou con el designio de fijar allí la residencia, dejaron en los almacenes de Danzick el vestuario de mas abrigo, y creyeron que para ellos seria bastante encontrarlo en Wilna. Algunos soldados tenían pieles cogidas en Moscou, pero eran en número escaso, habiéndolas vendido la mayor parte á sus oficiales. Bien alimentados pudieran aguantar el frio, que aun no era mas que de 9 á 10 grados de Reaumur; pero manteniéndose con un poco de harina desleida en agua, con carne de caballo asada en la lumbre de los bivagues, durmiendo en el suelo sin tiendas ni abrigo, debian ser trabajados cruelmente hasta por frios inferiores á los que ya habian experimentado tanto en Alemania como en Polonia. Esta primera nieve caída despues de pasar de Dorogobouga, aumentó la miseria general sobremanera. A excepcion de la retaguardia, que Davout habia dirigido con firmeza inflexible, que

(1) El príncipe Eugenio de Wurtemberg, uno de los narradores extranjeros mas equitativos, dice, á propósito de las quejas del mariscal Ney contra el primer cuerpo, estas palabras; *pero Ney no se hallaba este dia en la posicion escabrosa de su colega.*—El príncipe Eugenio de Wurtemberg alude á la jornada de Wiasma,

ahora dirigia Ney con una energia de valor y de buena salud que no podia menoscabar padecimiento alguno, el sentimiento del deber empezaba á abandonar á todos. Solo el cañon restituia el honor, la dignidad y el valor á aquellos soldados extenuados. Todos los heridos habian sido abandonados, y soldados aliados, cuyo cuerpo no designamos, encargados de escoltar prisioneros rusos, se desembarazaban de ellos levantándoles la tapa de los sesos á tiros. Todo el que se hallaba atacado de tan general contagio de egoismo, tan de bulto en las grandes calamidades, no pensando mas que en sí propio, desertando de las filas para buscarse la subsistencia, iba á acrecentar la muchedumbre errante é inerme, que al salir de Dorogobouga ascendia á cerca de cincuenta mil individuos, incluso los fugitivos de Moscou y los conductores de bagages. Mas de diez mil soldados habian ya muerto por los caminos, y apenas quedaban cincuenta mil hombres sobre las armas. Desmontada estaba toda la caballeria, salvo la de la Guardia. Sin embargo, ya solo habia que hacer tres marchas para llegar á Esmolensko, y una vez allí esperábase encontrar almacenes, viveres, vestuario, abrigo, refuerzos y murallas fortificadas. Esta esperanza sostenia el corazón del ejército. ¡Esmolensko, Esmolensko! era el grito que salia de todas las bocas. Se contaban las leguas, las horas. ¡Nunca despues de la tempestad se deseó mas vivamente ningun puerto!

Pero noticias funestas fueron á asaltar á Napoleon en Dorogobouga; noticias desfavorables de las operaciones militares sobre las alas, noticias extrañas de Francia, donde el gobierno habia sido ata-

cado audazmente, pues, segun dice el vulgo, bien vengas mal si vienes solo.

Sobre las dos alas del ejército se habian desarrollado los planes del enemigo por completo. Despues de haberse unido el almirante Tchitchakoff á Tormazoff con cerca de treinta mil hombres y de sucederle en el mando de los dos ejércitos reunidos, tomó la ofensiva en setiembre contra el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier, que mandaban el cuerpo austro-sajon con mucho concierto, aunque sin grande energia. El nuevo general ruso empujó por delante desde la linea del Stry á la del Bug á los dos generales aliados. No teniendo estos en totalidad mas que treinta y cinco mil hombres, veinte y cinco mil austriacos y diez mil sajones, no creyeron que debian arriesgar una batalla, cuya pérdida hubiera descubierto la derecha del grande ejército y alarmado á Varsovia, ya harto asustadiza. De consiguiente retrogradaron hasta Brezesc, y fueron á meterse en los pantanos de Pinks, su ordinario asilo. No habia por qué censurarles. El general Reynier no podia ser mas emprendedor que el príncipe de Schwarzenberg, y este por su parte no hubiera podido hacer mucho mas de lo que hacia, y no por traicion, ni por tibieza, sino por circunspección extremada. Encargado de la suerte de un ejército de treinta mil hombres, ya reducidos á veinte y cinco mil por las pérdidas de la campaña, ponía su honor de militar y su deber de ciudadano en conservarlo, y quizá á esto se aplicaba mas que á hacerlo provechoso. Tratado por Napoleon con bondad infinita, mostrándosele agradecido, incapaz de venderle, ni aun á medias, se dedicaba solo á procurar no salir batido, y aun-

que seguro del porte honroso de sus tropas una vez roto el fuego, conocia tan á fondo su trialdad por la causa en que se les habia empeñado, que no queria exigir demasiado de ellas. Reforzado con diez mil hombres, segun habia solicitado, pudiera mostrarse mas atrevido; pero, resuelto el gobierno austriaco á mantenerse en la medida que prometió secretamente guardar á Rusia, no se afanaba por acrecer su participacion en la guerra. Cuando mas, consentia en completar con un refuerzo de cinco ó seis mil hombres los treinta mil del cuerpo auxiliar dado á Napoleon desde el principio. A la verdad en Galitzia tenia un ejército que hubiera podido operar contra la Volhinia, si bien atrajera á Galitzia á los rusos, con los cuales se habia comprometido á no pasar la frontera mientras no la pasaran ellos; á esto llamaba francamente *la neutralizacion de Galitzia*, y deseaba no salir de situacion semejante.

Por sí solas bastaran estas disposiciones, aun no agregándose los sucesos militares á ellas, para hacer al príncipe de Schwarzenberg circunspecto de sobra. Noticioso de que al fin llegaba un refuerzo de cinco á seis mil hombres, anunciado desde mucho antes, dejó al general Reynier detrás de los pantanos de Pinsk, y fué á alargar la mano á dicho refuerzo, que se adelantaba por Zamosc. Despues de unirsele volvió por Brezesc á juntarse al general Reynier, quien por su parte aguardaba á una division francesa de doce á quince mil hombres, á la division de Durut, sacada del cuerpo de Augereau, y compuesta de los batallones procedentes de las islas de Walcheren, de Ré, de Belle-Isle. Napoleon destacó del cuerpo de Augereau la division esta, contando

para reemplazarla en Alemania con la soberbia division de Grenier, que llegaba de Italia. Habiendo recibido el príncipe de Schwarzenberg de cinco á seis mil hombres de refuerzo, y estando el general Reynier en visperas de recibir de doce á quince mil, se iban á hallar á la cabeza de mas de cincuenta mil soldados, y en aptitud de hacer cara a los sesenta mil del almirante Tchitchakoff. Pero mientras empleaban el tiempo en movimientos desbarahustados, para ir el uno al encuentro de los austriacos, que avanzaban por Zamosc, y el otro al de los franceses que iban por Varsovia, ateniéndose el almirante Tchitchakoff á las instrucciones que le habia enviado Alejandro por conducto de Mr. de Czernicheff, dejó al general Sacken con veinte y cinco mil hombres delante de los generales aliados, y marchó con treinta y cinco mil sobre el alto Berezina, á fin de alargar la mano al conde de Wittgenstein, encargado de repeler al mariscal Saint-Cyr de las márgenes del Dwina y de ir al encuentro del ejército de Moldavia. Lo mas sencillo fuera seguir al almirante Tchitchakoff, pero no columbrando bien el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier las intenciones harto oscuras de los rusos, no sabian que partido tomar, entre Sacken á quien tenian delante, y Tchitchakoff, de quien se decia que estaba camino de Minsk. En medio de estas vacilaciones, dejaban que el almirante diera cima á su movimiento.

Esto es lo que Mr. de Basano comunicaba á Napoleón sobre el estado de las cosas hácia la derecha, es decir, hácia la Volhinia y el bajo Dnieper. Aun iban peor hácia la izquierda, es decir, junto al Dwina alto y bajo. Despues de permanecer el ma-

riscal Macdonald durante los meses de setiembre y octubre agitándose en vano cerca de Dunaburgo con una division polaca de siete ú ocho mil hombres para dos fines, sin que lograra ninguno de ellos, el de cubrir el sitio de Riga y el de mantenerse en comunicacion con el mariscal Saint-Cir, fué trasladado al bajo Dwina para sostener á los prusianos contra las tropas de Finlandia, llevadas á Livonia, segun los ajustes de Rusia con Suecia. Definitivamente lanzado á la sazón fuera del radio de las operaciones del grande ejército, vióse condenado á una larga inutilidad, segun habia temido.

Aun habian pasado en el mismo Polotsk mas tristemente las cosas. Embarcadas las tropas de Finlandia para Revel, despues de perder alguna gente por electo de accidentes de mar, tomaron tierra en Livonia, marcharon sobre Riga, ayudaron al general Essen en las operaciones que habian llamado al mariscal Macdonald hácia el bajo Dwina, y remontaron de seguida este rio á las órdenes del conde de Steinghel en número de doce mil hombres. Reforzado Wittgenstein por estas tropas y por algunas milicias, que todas juntas elevaban su cuerpo á cuarenta y cinco mil hombres, resolvió tomar la ofensiva para obligar al mariscal Saint-Cir á que evacuara á Polotsk y para ir á dar la mano al almirante Tchitchakoff sobre el alto Berezina. Conforme al plan enviado desde San Petersburgo, el conde de Steinghel debia cruzar el Dwina por mas abajo de Polotsk para inquietar al mariscal Saint-Cir por su espalda, y facilitar asi la operacion proyectada en su contra.

Ante las hostilidades con que el mariscal Saint-Cir estaba amenazado, habiendo pasado muchos tra-

bajos durante los meses de setiembre y octubre para vivir en un país arruinado por el paso de las tropas de todas las naciones, demandando vanamente subsistencias á Wilna, que no se le podían enviar por falta de medios de transporte, no pudo rehacer su cuerpo ni restablecer su efectivo. No ascendía á mas de quince ó diez y seis mil hombres el segundo cuerpo á las órdenes del mariscal Oudinot, de los cuales doce mil eran franceses y los demas croatas ó suizos. Disminuidos hasta tres mil los bávaros, se aumentaron hasta cinco ó seis mil con algunos reclutas. De consiguiente el mariscal Saint-Cir contaba á lo sumo veinte y uno ó veinte y dos mil soldados contra los cuarenta y cinco mil rusos, de los cuales treinta y tres mil le iban á asaltar directamente, y doce mil le debían coger por la espalda, cruzando mas abajo de Polotsk el Dwina. Por fortuna el mariscal Saint-Cir era hombre de recursos, tenía una posición ya muy estudiada, buenos soldados, excelentes lugartenientes, y estaba resuelto á disputar bien el terreno.

Situada la ciudad de Polotsk segun hemos dicho, en el seno del ángulo que forman el Polota y el Dwina hácia su confluencia, habia sido cubierta con obras de campaña de bastante buena defensa. A la izquierda, protegiendo el Polota el frente de la posición y la mayor parte de la ciudad, se sembraron reductos bien armados; á la derecha, en la abertura del ángulo formado por los dos rios, se construyeron obras de tierra, y pudiendo trasladarse con presteza las tropas de uno á otro frente, se hallaban en aptitud de hacer cara por todas partes. A la izquierda, y detras de las obras del Polota mas fáciles de defender, colocó el mariscal Saint-

Cir á la division suiza y croata; y á la derecha, hácia la abertura del ángulo, por donde el ataque ofrecia mas probabilidades de éxito, á las divisiones francesas de Legrand y Maison, capaces de hacer frente á un enemigo muy superior en número. Mas acá del Dwina estaban los bávaros con la caballería destacada á lo lejos para observar y contener á las tropas de Finlandia, que se disponían á cogernos por la espalda. En lo interior de Polotsk habia muchos puentes, que debían servir para el paso del ejército en caso de retirada forzada. En esta posición aguardó el mariscal á pie firme los dos ataques con que estaba amenazado.

Habiendo avanzado el enemigo sucesivamente hácia nuestras posiciones durante los dias 16 y 17 de octubre, vino á atacarlas resueltamente el 18 por la mañana.

El conde de Wittgenstein, cuyas determinaciones inspiraba un jóven oficial, hábil y fogoso, que mas tarde habia de ganar alto renombre, el general Diebitch, trasladó sus mejores y mas numerosas tropas hácia nuestra derecha, sobre la abertura del ángulo formado por el Polota y el Dwina. Su designio era atraer todas nuestras fuerzas hácia aquella parte, la mas accesible de nuestra posición, y hacer en seguida que el príncipe de Jackwill con el resto del ejército se apoderara del Polota, desguarnecido de tropas.

Con efecto, desembocando atrevidamente los rusos por nuestra derecha, se aproximaron sin saberlo á las baterías situadas en Strwunia, las cuales flanqueaban la parte descubierta de la ciudad. Conviniere dejarles llegar sin hacer fuego, para ametrallarlos á muerte cuando ya retrogradar no les

fuera posible. Pero ardorosos los artilleros bávaros, que servían las baterías, dispararon demasiado pronto, y advertidos los rusos se adelantaron con mas mesura de la que era de desear para el éxito de nuestra maniobra. No obstante se dirigieron sin vacilaciones hácia el frente de la ciudad no protegido por el Polota; pero las divisiones de Maison y Legrand se habian desplegado y marchaban resueltamente contra ellos. Sobre todo la division de Maison, mas expuesta que la de Legrand, se mantuvo firme, aunque asaltada por todas partes, y acabó por rechazar al enemigo á gran distancia. No se mostró indigna la division de Legrand de su vecina, y donde quiera fueron los rusos atajados y repelidos. No afectando mucho al mariscal Saint-Cir el peligro de su derecha, tuvo la cordura de no desgarnecer su izquierda, é hizo perfectamente, porque el principe de Jackwill, desembocando á su turno, se lanzó sobre los reductos del Polota. Permitiéndole llegar hasta el pie de las obras, se le abrumara con el fuego de los reductos; pero pecando los suizos, á semejanza de los bávaros, por demasiado ardimiento, cayeron sobre los rusos á la bayoneta, y rechazándolos, paralizaron la artillería de los reductos, bajo los cuales habian ido á situarse. Ademas sacrificaron hombres para un resultado que nuestras solas balas hubieran obtenido. Sin embargo, tanto en este punto como en el otro, el ejército del conde de Wittgenstein fué rechazado con pérdida de tres ó cuatro mil hombres, no pasando de la mitad la nuestra.

Si el conde de Steinghel no amenazara con coger al mariscal Saint-Cir por la espalda, se podia considerar como bien establecido junto al Dwina.

Pero, despues de pasar este rio el cuerpo de Finlandia, remontaba la orilla izquierda para unirse junto á Polotsk á parte de las fuerzas de Wittgenstein. Ante este nuevo peligro el mariscal Saint-Cir reforzó á los bávaros á las órdenes del general Wrede, con destacamentos sacados de cada una de sus tres divisiones, y le puso en aptitud de resistir al conde de Steinghel. Con efecto el 19 vióse obligado el cuerpo de Finlandia á retroceder despues de un choque vigoroso. Pero ante un nuevo ataque por las dos márgenes del Dwina, que amenazaba renovarse con mas concierto y empuje, especialmente desde que, llegados los dos ejércitos enemigos á la misma altura, se podian comunicar de una orilla á otra, no era prudente obstinarse, y el mariscal Saint-Cir creyó que, debia evacuar á Polotsk durante la noche para retirarse en buen orden detrás del Oula, que, segun se ha visto, reúne el canal de Lepel al Berezina. Al retirarse hicieron nuestras tropas una horrorosa carnicería en los rusos, que se arrojaron con harta prisa en medio de la ciudad de Polotsk incendiada.

Esta retirada continuóse los dias siguientes, haciendo cara el general Wrede al conde de Steinghel, el mariscal Saint-Cir al conde de Wittgenstein, con la esperanza de encontrar al duque de Bellune junto al Oula.

Efectivamente, despues de vacilar este largo tiempo entre el almirante Tchitchakoff, que llegaba por el Sur, y los generales Wittgenstein y Steinghel, que llegaban por el Norte, resolvió en fin dirigirse á este punto, de resultas de lo que en Polotsk habia acontecido, para llevar al mariscal Saint-Cir socorro. Por desgracia, hallándose esta-

blecido, no en Witebsk, sino en Esmolensko, á consecuencia de la nueva disposicion que varió el camino del ejército, para dirigirse á Lepel tuvo que atravesar muy larga distancia. Gravemente herido el mariscal Saint-Cir en la última jornada de Pólotzk tuvo que abandonar el mando, y tomólo con el mas laudable celo el mariscal Oudinot, harto mal restablecido de su herida.

Así á fines de octubre dos ejércitos, uno de cerca de treinta y cinco mil y otro de cuarenta y cinco mil hombres, habiéndose librado el primero del príncipe de Schwarzenberg y llevándose el segundo por delante el segundo cuerpo, estaban á punto de darse la mano junto al alto Berezina y á cerrarnos la retirada con ochenta mil hombres. Solamente la reunion y la victoria de los mariscales Oudinot y Victor podían conjurar este grave peligro.

Ibamos pues á hallar á Esmolensko desprovisto del refuerzo poderoso del noveno cuerpo y hasta de la division de Baraguey de Hilliers, que, después de prevenida desde mucho antes, atrajo Napoleon hácia Jelnia, cuando pensaba en marchar sobre Kalouga. Verdad es que expidió contraórden luego, pero demasiado tarde, y ya en camino la division de Baraguey de Hilliers, podia caer en medio de todo el ejército de Kutusof. Así ante los pasos de Napoleon se multiplicaban por donde quiera las circunstancias alarmantes. No era lo que se habia imaginado la abundancia que se lisonjeaba de hallar en Esmolensko. A causa de no haberse podido continuar la navegacion interior de Danzick y Kowno hasta Wilna, organizóse una compañía de trasportes, gracias á la activísima solicitud

de Mr. de Bassano, y acarreaba mil quintales al dia desde Kowno hasta Minsk por Wilna. Pero estos medios de trasportes se habian aplicado á las bebidas espirituosas y á las municiones de guerra, con la confianza que se tenia de hallar trigos en Lithuania. Hallárouse efectivamente, pero, careciendo de carros los reuterios lithuanios, ó negándose á proporcionarlos, con la esperanza de que al fin no se desprenderian de sus géneros por falta de medios para trasladarlos á otro punto, solo se pudo reunir una parte de los granos y las harinas que se pidieron para Wilna, Minsk, Borisow y Esmolensko. Llevándose así mismo los sumos, no faltaba carne á lo menos, si bien á lo sumo tendria el ejército víveres para siete ú ocho dias en Esmolensko, para quince en Minsk, para veinte en Wilna. Con todo, procurándolo activamente, era posible proveerle de subsistencias para tiempo mucho mas largo. A la sazón no estaba asegurada mas que la subsistencia de los primeros dias.

No se hallaba pues tan proxima á realizarse como se habia creído la esperanza de ricos cuarteles de invierno en Lithuania. Verdad es que solo Napoleon estaba en el secreto, mas no habia por que se regocijase su alma, profundamente atribulada por tantos conceptos. Aun tenia que saber cosas peores. Francia, á la cual habia dejado tan quieta, tan sumisa, habia estado á pique de ser trastornada, y aun quizá arrancada á su dominacion por un loco, por un maniático atrevido, cuyo fácil triunfo durante algunas horas demostraba hasta que dependia todo en Francia de la vida de un solo hombre, amenazada de continuo no por los puñales, sino por las balas.

De muchos años atrás se hallaba retenido en las cárceles de la Consergeria un oficial antiguo, el general Malet, noble del Franco-Condado, republicano ardiente y sincero, formado á semejanza de muchos hombres de su tiempo y de su cuna en la escuela de J. J. Rousseau, que llegó á ser general de la república y que no perdonaba á Napoleon haberla destruido. Una idea dominando por sí sola hace á un hombre loco ó capaz de muy grandes cosas, y produce á menudo á la vez ambos resultados. Ahora bien, la sola idea que llenaba la mente del general Malet de continuo era que el gefe de un Estado, haciendo constantemente la guerra, debía ser arrebatado un día ú otro por una bala; que con esta noticia, verdadera ó forjada, seria empresa fácil quitar á todas las autoridades, y hacer que la nacion aceptara otro gobierno, pues la persona de Napoleon lo era todo, hombres, cosas, leyes, instituciones. Bajo el imperio de preocupacion semejante, combinó en su mente los medios de sorprender á las autoridades, inventando la noticia de la muerte de Napoleon, proclamando un nuevo gobierno, y poniendo á los pies de este gobierno á la nacion cansada de despotismo, de silencio y de guerra. Por los años de 1807 y de 1809 pensó un instante en la realizacion de su quimera, y habiendo puesto á la policia en camino de lo que meditaba algunas confidencias, inevitables ó no inevitables, fué encerrado. Se le detuvo en París desde aquel tiempo. Ya preso, su preocupacion se hizo aun mas exclusiva, y viendo á Napoleon en Moscou, reflexionó que para tentar la ejecucion de su plan no habria otra ocasion como aquella, si bien ahora no iniciando en su secreto á nadie, sacando

todo de él mismo, de él solo y por medio de la mas increíble audacia. Trasladado á una casa de salud cerca de la puerta de San Antonio y habiéndose relacionado allí con un eclesiástico no menos discreto, y animado de los mismos sentimientos que los suyos, ideó forjar la noticia de la muerte de Napoleon, no declarando á nadie la falsedad de este supuesto, falsificando órdenes y una deliberacion del senado, y con el auxilio de esta deliberacion, que restableceria la república, ir á un cuartel y arrastrar un regimiento, dirigirse con este á la cárcel para poner en libertad á muchos militares á la sazón presos, tales como el general Lahorie, antiguo gefe de estado mayor de Moreau, el general Guidal, comprometido á causa de algunas relaciones con los ingleses, apoderarse con estos generales de las personas de los ministros, convocar en la casa de Ayuntamiento á una porcion de personajes de importancia, reputados como poco favorables al gobierno y proclamar allí la república. Aunque meditó profundamente sobre el asunto, y meditó mucho en todos los pormenores de ejecucion, cosas hubo á las que no provuyó de ningun modo, ora por demasiada prisa en lanzarse al designio, ora porque se fiase de la fortuna, que debe entrar por la mitad en todas las empresas extraordinarias, si bien á condicion de que no se le deje hacer mas que lo menos posible.

Auxiliado por este eclesiástico, que se le habia asociado, eligió dos jóvenes muy candorosos, pero tambien muy valientes, no poseedores de su secreto, y destinados á servirle de ayudantes de campo. Con su auxilio proporcionose cerca de su casa de salud asi uniformes como pistolas. El 22 de octu-